

Capítulo 28: La Compañía de María en el Nordeste de Francia (1823-1826)

Durante las negociaciones que llevaron a la doble fundación de Villeneuve, el P. Chaminade veía extenderse el círculo de su influencia más de los límites que su modestia le habría puesto, si no estuviese sin reservas a disposición de la Virgen Inmaculada. Una serie de circunstancias, en las que él vio una intervención providencial, le decidió, a pesar de los riesgos evidentes de tal empresa, a destacar de sus comunidades nacientes una colonia de religiosos para enviarlos, a doscientas leguas de distancia, a provincias totalmente desconocidas para él, Alsacia y Franco Condado.

Este hecho, tan decisivo en consecuencias para el futuro de las fundaciones del P. Chaminade, está ligado a la vocación de Louis Rothéa a la Compañía de María. Este joven, procedente de una excelente familia de Landser (Alta Alsacia), tenía numerosas relaciones para las cuales su decisión no pasó desapercibida. Poco después, la marcha para Burdeos de su hermano, el párroco muy conocido de Sainte-Marie-aux-Mines, atrajo la atención de una parte del clero alsaciano sobre el nombre y las obras del P. Chaminade. La fama de las escuelas de Agen, en especial, llegó a oídos de un abnegado sacerdote, el P. Mertian, cuya familia pertenecía al gran comercio y estaba unida a los Rothéa por relaciones de negocios y de amistad. El P. Ignace Mertian había recogido una pesada herencia, la de su hermano mayor Bruno, sacerdote como él, que había levantado de sus ruinas a la Orden docente de las Hermanas de la Providencia. A esta carga, acababa de añadir otra: había fundado una Congregación de Hermanos, llamados de la Doctrina cristiana, análoga a la de las Hermanas de la Providencia y destinada como ésta a la educación de los niños de la diócesis. El fundador de una Orden no se improvisa: el P. Ignace Mertian reconoció que, al menos por el momento, no tenía la competencia suficiente para asentar esta nueva fundación sobre bases sólidas. Su noviciado de Ribeauvillé decaía y él miraba alrededor para encontrar ayuda y consejo.

En esta situación, al principio de 1821, oyó hablar del P. Chaminade. Con una confianza espontánea, le pidió un religioso de la Compañía de María capaz de dar a su noviciado de Ribeauvillé el impulso necesario y de garantizar así el futuro de la fundación. Por singular que fuese la petición, no parece que el P. Chaminade formulase ninguna objeción. Prometió enviar a Ribeauvillé a aquel de sus hijos que estaba naturalmente designado para estas funciones, Louis Rothéa, religioso a toda prueba, imbuido de los mejores principios, juicioso, que respondía desde todos los puntos de vista a los deseos del P. Mertian, y además dominador de las lenguas francesa y alemana, ambas indispensables en Alsacia. Se privaba así de un auxiliar precioso en el momento en que tenía mayor necesidad, pero se sentía interiormente empujado a no negar este servicio, teniendo en cuenta que esta misión correspondía muy bien con el fin de la Compañía: formar apóstoles y multiplicar los verdaderos cristianos.

En el retiro de octubre de 1821^a, recibió los votos definitivos de Louis Rothéa y, después de haberle dado su bendición, lo envió a su país natal. Esta bendición paternal produjo maravillas. El noviciado de Ribeauvillé creció y se transformó visiblemente, hasta el punto de despertar en el P. Mertian el deseo de dejar al P. Chaminade y a los suyos toda la formación y dirección ulterior de sus Hermanos. Por otra parte, el Instituto de María se hizo conocer tan positivamente por aquel que lo representaba en Alsacia, que varios jóvenes y también sacerdotes manifestaron el deseo de ser admitidos en él, emprendieron el largo viaje a Burdeos y vinieron a engrosar las filas de los novicios de Saint-Laurent y de la Madeleine. Más aún, en el mes de febrero de 1822, se dirigieron al P. Chaminade peticiones formales de fundaciones.

Las más acuciantes eran las del párroco de Colmar, el P. Maimbourg, hombre de prestigio que gozaba, en todo el Alto Rhin, de una influencia casi episcopal y que, según la expresión familiar de Louis Rothéa¹, «tenía en el bolsillo a todas las autoridades del departamento». El P. Maimbourg pedía simultáneamente Hijas de María para un convento a fundar a las puertas de Colmar y religiosos de la Compañía de María para el colegio y las escuelas municipales de la ciudad. En el colegio, sólo era indispensable por el momento un buen director; el resto del personal

^a Según *AGMAR 12.11.4, n.8, hizo los votos perpetuos el 23 de octubre de 1820.*

¹ Carta al P. Chaminade, 3 de febrero de 1822. *AGMAR 26.4.317.*

se renovaría poco a poco. Para las escuelas municipales, era urgente que desapareciesen las clases mutuas, de las que todo el mundo estaba harto.

Era pedir mucho a la vez, precisamente en el momento en que las escuelas gratuitas iban a extenderse y multiplicarse en el departamento de Lot-et-Garonne. El P. Chaminade esta perplejo; respondió a su prisa, con fecha del 9 de mayo de 1822^b: «Por mucho que yo desee que el Instituto se haga útil en Alsacia y en toda Alsacia, siento una secreta repugnancia a emprender fundaciones tan alejadas de aquí, sin apoyo, sin ayuda, sobre todo fundaciones de religiosas». De hecho, esta reserva estaba inspirada por la prudencia. Al disponer de un personal tan restringido, el fundador consideraba más prudente concentrar sus fuerzas en la proximidad de Burdeos y aventurarse sólo más tarde, en el momento oportuno, en lugares lejanos. Quería proceder con método y lentitud, según el consejo que daba al P. Mertian²: «Si hacemos las cosas sólo a medias, no vale la pena darse tanto trabajo. Soy de la opinión de no esforzarnos primero en multiplicar los establecimientos, sino en hacer que sean realmente buenos».

Sin embargo, esperando que, en un futuro bastante próximo, podría, gracias sobre todo al personal que le proporcionaba Alsacia, realizar los proyectos del P. Maimbourg, comenzó a debatir con él los medios de ejecución. El P. Maimbourg era una inteligencia demasiado elevada como para no comprender las razones del fundador. Le escribe entonces este último³: «Usted ha pensado bien que me hacía falta valor para crear establecimientos a más de doscientas cincuenta leguas de mí, a mi edad, y sobre todo con el deseo de que pueda sostenerse una regularidad estricta». El P. Maimbourg se armó de paciencia, animado sobre todo por Rothéa que le repetía⁴: «El P. Chaminade tiene por principio comenzar bien lo que emprende o no hacer nada». Por lo demás, Louis Rothéa, que volvió junto al P. Chaminade al final de su misión (octubre de 1822), era un excelente abogado del asunto y defendía calurosamente la causa de Alsacia que, según decía⁵, estaba dedicada a la santísima Virgen y tenía que ser una tierra predestinada para una Orden consagrada María. Su hermano Xavier, que había quedado en el mundo, pero que estaba totalmente ganado para el P. Chaminade y los suyos, insistía⁶: «La Alsacia podría servir de vivero al Instituto».

Dos años de espera no desanimaron al P. Maimbourg, y tuvo que felicitarle de su perseverancia cuando, en el otoño de 1824, recibió a los primeros Hermanos de María. No se tocó entonces la cuestión del colegio de Colmar: el P. Chaminade acababa de enviar al P. Collineau a Villeneuve y no tenía a mano a nadie para el puesto de director. El P. Maimbourg se contentó con las escuelas municipales. Escribe al P. Chaminade⁷: «Sus cartas del 16 del corriente han colmado de alegría al alcalde de esta ciudad y a su párroco. Las dificultades superadas ya no cuentan, basta haberlo conseguido». Y cuando llegaron los religiosos, con Louis Rothéa a la cabeza, escribía⁸: «No hay más una voz sobre nuestro establecimiento: el párroco de Colmar le estará eternamente agradecido». La escuela contaba ya con cuatrocientos cincuenta alumnos: su prosperidad fue en aumento, para no detenerse mientras duró el establecimiento, es decir hasta la anexión de Alsacia por Alemania.

Al mismo tiempo que se encargaba de las escuelas municipales confiadas a sus religiosos laicos, el P. Chaminade acariciaba la esperanza de encargarse del santuario de Trois-Epis, situado cerca de Colmar; de aquí, sus sacerdotes habrían ayudado a sus hermanos y habrían dirigido otras obras como la Congregación. Esta combinación, como muchas otras, no pudo realizarse por falta de personal. Pero el fundador esperaba desarrollar pronto la acción de su Compañía en Alsacia, y abrir allí casas donde estaría representada al completo. Ese momento no tardó, y dos años después empezaba para el Instituto un maravilloso movimiento de expansión por esta bella y católica provincia.

Aunque la comunidad de Colmar fue la primera solicitada en estas regiones alejadas, no fue la primera en fundarse. Otro enjambre le había precedido un año antes y se había fijado en

^b Carta 197, *Lettres. t. I, p. 337*

² 18 de junio de 1822. *Extractos de la carta 202, Lettres, t. I, p. 347.*

³ 18 de junio de 1822. *Carta 204, Lettres, t. I, p. 351.*

⁴ Carta del 17 de octubre de 1822. *AGMAR 25.6.686.*

⁵ Carta del 6 de julio de 1822 al P. Chaminade. *AGMAR 26.4.332*

⁶ 23 de mayo de 1822, a su hermano Charles, el sacerdote, entonces en el noviciado de Saint-Laurent. *AGMAR 25.6.684.*

⁷ 28 de septiembre de 1824. *AGMAR 26.5.433.*

⁸ 15 de febrero de 1825. *Mes equivocado, es de 15 de enero de 1825. AGMAR 26.5.441.*

Saint-Remy, en la Haute- Saône, provocado por circunstancias no menos fortuitas o, mejor dicho, no menos providenciales.

El ejemplo del párroco de Sainte-Marie-aux-Mines, dejando su diócesis para agregarse a la nueva Compañía, había sido seguido por un sacerdote amigo, el P. Caillet, originario del Jura Bernois, que entró en el noviciado de Saint-Laurent en el otoño de 1822. Sólo llevaba allí unas semanas cuando uno de sus condiscípulos de seminario, el P. Domet⁹, vicario de Besançon, le pedía que transmitiese a su superior el ofrecimiento de un misionero diocesano, el P. Bardenet, deseoso de atraer a la Compañía de María al Franco Condado. El P. Bardenet ponía a disposición de la Compañía una extensa finca de ciento cincuenta hectáreas con un castillo y sus dependencias. Quería que sacase partido de esta propiedad para la religión y el bien. Además, añadía la carta, los misioneros diocesanos encontraban «en todas partes gente que quería retirarse del mundo y no podía, por falta de asilo»; Saint-Remy (ese era el nombre de la propiedad) podría ser para ellos ese lugar de retiro.

Aunque coincidía en el gran bien que podía hacerse, el P. Chaminade no mostró más prisa de la que había mostrado para Alsacia: se sentía ya muy solicitado en esta última, así como en el Lot-et-Garonne y otras partes. Pero los que habían tomado la iniciativa de la propuesta no lo entendían así. Un mes después de la carta del P. Domet, el mismo P. Bardenet escribió con el apoyo de un vicario general de Besançon, el P. Tharin. Este último apremiaba al P. Chaminade a aceptar¹⁰, le aseguraba el consentimiento de monseñor de Pressigny¹¹ y añadía en su propio nombre: «Me alegro de antemano con la firme confianza de que los Hermanos de María derramarán en esta diócesis el buen olor de Jesucristo». En cuanto al P. Bardenet, en su carta describía la finca de Saint-Remy, exponía sus condiciones que eran las de una buena obra, e insistía para que el P. Chaminade no aplazase su respuesta, que esperaba fuese favorable.

El P. Bardenet no era un sacerdote cualquiera: todo el Franco Condado lo conocía como el hombre de negocios titular de las buenas obras. Nacido en 1763, en Chaisey-les-Mont-bozon (Haute-Saône), de una de las más antiguas familias del país, Jean-Etienne Bardenet¹² fue educado en el colegio de Arbois en los mismos bancos que Pichegru, con el que había competido más de una vez en ejercicios atléticos. Perfectamente dotado de inteligencia, lo estaba todavía más de voluntad. Sacerdote y sucesor de su tío en la parroquia de Mesnay, cerca de Arbois, pudo, gracias a su energía y también a su fuerza muscular, hacerse respetar por los jacobinos de la región y no abandonar nunca definitivamente su parroquia.

Su habilidad para los negocios era sorprendente. Él mismo decía: «Estoy contento de que Dios no me haya dejado en el mundo: me habría enriquecido demasiado fácilmente, y quizá la fortuna me habría hecho olvidar la salvación de las almas y la mía». Como sacerdote, empleó su talento en reconstituir el patrimonio de la Iglesia y de los pobres, comprando bienes nacionales para devolverlos a su primer destino, construyendo iglesias y edificando monasterios. Cada año los doce mil a quince mil francos de renta que tenía de su familia se empleaban en eso en su totalidad. Meditaba algún gran golpe, dejaba reposar dos o tres años *su gallina de los huevos de oro*, y después se lanzaba de nuevo.

Empezó por la reconstrucción de su iglesia de Mesnay, de la que fue a la vez el proveedor de fondos, el arquitecto, el contratista y el principal obrero. Continuó en el pueblo de Ecole, cerca de Besançon, donde construyó para sus cohermanos, los misioneros de la diócesis, una extensa y espléndida residencia con una iglesia. Esta obra fue objeto de denuncias del partido liberal porque, para el *Constitutionnel* el P. Bardenet era un *jesuita*, y la casa de Ecole *un foco de propaganda electoral*¹³. Se decía que se había arruinado con esta operación. Su respuesta fue la compra de la finca de Saint-Remy, antigua propiedad de la familia de Rosen, puesta en venta por el marqués de

⁹ Carta del 29 de septiembre de 1822. El P. Domet quedó siempre muy unido a la Compañía de María. Murió siendo canónigo titular de la iglesia metropolitana de Besançon.

¹⁰ Carta del 29 de octubre de 1822. *Cfr. Lettres, t. I, p. 380.*

¹¹ Gabriel Cortois de Pressigny (1745-1823) era obispo de Saint-Malo antes de la Revolución, y vivió en el retiro desde el Concordato hasta 1814. Era embajador del rey en Roma cuando, en 1817, fue llamado a suceder a monseñor Lecoz en la sede de Besançon, de la que no tomó posesión hasta 1821.

¹² Una reseña anónima sobre el P. Bardenet (París 1844) se debe a la pluma del P. Perron, profesor de filosofía en la facultad de Besançon. Otra reseña más exacta, pero manuscrita, fue redactada por el P. Justin Faivre, de la Compañía de María.

¹³ *Constitutionnel* del 19 de agosto de 1819, citado por Grandmaison, *La Congrégation*, p. 188.

Argenson¹⁴. El castillo, aunque no estaba acabado, era magnífico y la finca tenía una gran variedad de productos: bosque, prados, campos, huertos, jardines, no faltaba nada. Pero todo estaba en estado de completo abandono y exigía esfuerzos considerables para hacerlos valer.

El P. Bardenet se proponía instalar allí una comunidad religiosa. ¿Qué le indujo a dar su confianza al P. Chaminade que él no conocía? El hecho es que la alianza de estos dos hombres, que iba ser tan fuerte para el bien, hay que considerarla como providencial. Durante veinte años fueron de la mano sembrando por el Franco Condado establecimientos de hombres y mujeres tan sólidamente constituidos que la mayor parte subsisten todavía. Dotados de caracteres muy diferentes, a veces tenían dificultad para entenderse¹⁵, pero sentían que se completaban mutuamente y que de su unión dependía el valor de los resultados: el P. Chaminade tenía la misión de formar a los hombres y dirigirlos; el P. Bardenet se reservaba el cuidado de lo temporal, cuidaba de las fundaciones y su acondicionamiento, y aseguraba la subsistencia material de los que buscaban primero el reino de Dios para ellos y para los demás. El primer fruto de este entendimiento fue la fundación de Saint-Remy, fundación laboriosa por una parte y otra, como se podrá ver.

El 21 de noviembre de 1822, un mes después de las propuestas directas del P. Bardenet, el P. Chaminade se decidió a dar su consentimiento. Escribió al P. Tharin en estos términos^c: «Señor vicario, he dudado varios días en responder a su amable carta; la importancia del establecimiento, su gran distancia de mí y de otro establecimiento del Instituto de María, el pequeño número de sujetos del Instituto, las peticiones frecuentes que recibo de diversos lugares para otros establecimientos, son la única causa de mi duda. Por fin, he decidido delante de Dios, impulsado interiormente viendo el gran bien que resultaría para la religión». Anunciaba la próxima marcha de David Monier al Norte, con la misión de tratar sobre el terreno y de arreglar definitivamente los asuntos de Colmar y Saint-Remy.

David Monier, cuya salud se alteraba y cuyo nerviosismo aumentaba de día en día, esperó a la primavera para ponerse en camino y marchó el 10 de marzo de 1823. Su itinerario le condujo primero al Franco Condado. En Besançon fue huésped de monseñor de Pressigny¹⁶. Visitó después Saint-Remy bajo la guía del P. Bardenet. Quedó encantado. Además, «el abogado concordaba perfectamente con el misionero. Tan inteligente el uno como el otro, los dos entreveían lo que podía llegar a ser esta ruina»¹⁷. David Monier, al despedirse del P. Bardenet para ir a cumplir su misión en Alsacia, prometió volver a verlo antes de reemprender el camino de Burdeos. Volvió efectivamente cuando concluyó con el P. Maimbourg la apertura de las clases en Colmar para el año siguiente. Su segunda estancia en Saint-Remy acabó por seducirle y enseguida se ocupó con el P. Bardenet de la redacción definitiva del contrato de compra.

El P. Chaminade desconfiaba del entusiasmo de su colaborador, de sus gustos grandiosos y quiméricos, y más todavía del estado de su salud, que aumentaba su sensibilidad y exaltaba su imaginación. Antes de salir le había dado instrucciones muy precisas y le había dicho¹⁸: «Estamos como enganchados al mismo carro; no iremos bien si no tiramos al unísono. A usted le gusta ir por delante y a mí también. El poco tiempo que nos queda de vida debe comprometernos en ello, pero no me gustaría empezar por todo para no acabar nada. De hecho, hay grandes imperfecciones en

¹⁴ Marc-René Voyer d'Argenson, ayuda de campo de Lafayette, prefecto del Imperio, diputado del Bajo Rin, después de 1815, luego de la Vienne y del Eure, estuvo siempre en la oposición avanzada, incluso con Luis Felipe. Descendía en línea directa del célebre financiero y ministro de justicia de Luis XV. Era dueño del castillo de Saint-Remy por su matrimonio con Sophie de Rosen, que ya había estado casada en primeras nupcias con el príncipe Víctor de Broglie.

¹⁵ El P. Chaminade quería que su colaborador interviniese menos en las obras de Dios que hacía; el P. Bardenet pretendía tener su parte en el gobierno, puesto que la tenía en los gastos. No veía las cosas como el fundador, hasta el punto que el P. Chaminade le escribió un día (26 de mayo de 1838 *Carta 1049, Lettres, t. IV, p. 317*): «Respetable Monseñor, es verdad que si usted quiere tomar mi puesto y mi responsabilidad ante Dios, usted podrá entonces ordenar todo lo que juzgue conveniente: estoy dispuesto a poner el gobierno en sus manos, si Dios lo quiere». Pero el acuerdo subsistió hasta la muerte del P. Bardenet, que sucedió el 19 de enero de 1844.

^c *Carta 219, Lettres, t. I, p.283.*

¹⁶ Monseñor de Pressigny murió algunos días después del paso de David Monier y fue reemplazado por su coadjutor, monseñor Paul Ambroise Frère de Villefrancon.

¹⁷ Lalanne, *Not. historique*, p. 21. *La Gerbe-3, pp. 27-28.*

¹⁸ Carta del 25 de enero de 1823. *Día ligeramente equivocado: es la carta 223, de 23 de enero de 1823, Lettres, t. I, p. 394.*

todo lo que hemos hecho, y ¿qué hacemos para remediarlo? Yo sé por mi parte, y sufro mucho por ello, que el tiempo que empleo en apoyar de un lado o del otro, podría emplearse mejor en el progreso de la obra». Así pues, era importante, en una obra de la naturaleza de la de Saint-Remy, proceder con madurez perfecta y no comprometerse más que con la seguridad de no perjudicar a las obras ya existentes.

Ahora bien, para conseguir ese fin se requerían dos condiciones: en primer lugar, que la nueva fundación no exigiese mucho personal y se desarrollase lentamente, sin estrépito; en segundo lugar, que todos los gastos de instalación y de principio de funcionamiento estuviesen cubiertos. Es lo que el P. Chaminade llamaba, en una carta al P. Tharin¹⁹, «los límites de su poder». Ya estaba endeudado y «el sabio fundador veía que la finca y sobre todo el castillo iban a abrir una nueva fuente de gastos»²⁰, que no podría afrontar hasta el día en que la propiedad estuviese en rendimiento. Es lo que no dejó de repetir de todas las formas a David Monier tanto antes como después de su marcha. Decía²¹: «No pierda nunca de vista que no podemos hacer gastos para la casa de Saint-Remy: al contrario, necesitaríamos que, en poco tiempo, ayudase a otras casas». Un poco más tarde añadía²²: «Si yo tuviese medios disponibles, le diría con mi franqueza habitual: Saque todo lo que se necesita. Pero usted sabe el apuro en que estoy para sostener los establecimientos ya formados, para el personal que se presenta y, podría añadir, para los gastos imprevistos que tendré que hacer para Saint-Remy, por muy grande que sea la generosidad de los fundadores... Tendré al valor de dejar marchar a mis hijos sin darles nada para el viaje, sin proporcionar a cada uno un pequeño ajuar, sin darles ropa, etc? Nunca siento más que soy padre que cuando separo de alguno de ellos». En consecuencia, quería que la casa no fuese aceptada más que si los misioneros diocesanos lo tomaban como asunto suyo, y si los religiosos de la Compañía eran, al menos al principio, sus auxiliares para recoger las vocaciones de las que se había hablado desde el principio. Otras obras se injertarían en ésta, a medida que el personal y los recursos lo permitieran.

A pesar de su insistencia, el P. Chaminade no estaba seguro de lo que hiciese David Monier que, lejos de él, podía no dejarse guiar suficientemente por las luces de la fría razón. Le escribía²³: «No hay día, querido hijo, que no piense varias veces en usted y en este asunto. Ordinariamente encomiendo al Señor y a su augusta Madre a usted y sus asuntos. Por lo demás, mis disposiciones son casi siempre las mismas que le he comunicado: querría esta obra y la temo». Tenía razón en temerla: David Monier no le decía que el P. Bardenet acababa de separarse de los misioneros; que él había agotado todos sus recursos para el pago de la propiedad; que había también vendido los espejos, los cuadros de valor, todo lo que podía desprenderse de los muros del castillo, y que el propio marqués d'Argenson no había quitado; que el P. Bardenet, creyendo en los amplios proyectos de David Monier, creía que la Compañía disponía de capitales considerables y que era capaz de emprender enseguida obras esplendorosas. Todo esto el P. Chaminade lo ignoraba y David Monier, en su prisa por terminar, no lo tenía en cuenta.

Firmó la escritura de compra el 16 de mayo de 1823, y no abrió los ojos más que al día siguiente. En un acceso de desaliento escribía²⁴: «Mi obra me asusta, querría no haber entrado en ella». Era demasiado tarde. El P. Chaminade, por un curioso cambio de papeles, sufrió amargos reproches por parte de David Monier. Pero sin turbarse ni por la decisión tomada ni por los efectos de la sobreexcitación de su colaborador, se contentó con responderle²⁵: «Si yo tuviera miras más amplias, si estuviese más unido a Dios, no dudo que las cosas irían mejor. Pida a Dios, querido hijo, que perdone mis pecados y se escoja un instrumento mejor para realizar las obras de su bondad y de su misericordia». Se puso enseguida a tratar de cumplir las obligaciones que había contraído, es decir, a pagar los gastos de la escritura y a preparar una comunidad para Saint-Remy. Por lo demás, incluso tras la vuelta de David Monier, seguía ignorando la ruptura del P. Bardenet con los

¹⁹ 6 de marzo de 1823. *Error en el destinatario y en la fecha: es la carta 230 al P. Bardenet, de 4 de marzo de 1823, Lettres, t. I. P. 402.*

²⁰ Lalanne, *Not. historique*, p. 22. *La Gerbe-3, p. 28.*

²¹ 4 de marzo de 1823. *Carta 228, Lettres, t. I, p. 399.*

²² 23 de abril de 1823. *Carta 234, Lettres, t. I, p. 412.*

²³ El 21 de mayo de 1823, cuando la escritura estaba firmada, sin que lo supiese todavía el P. Chaminade. *Carta 236, Lettres, t. I, pp. 421-422.*

²⁴ 17 de mayo de 1823. *AGMAR 26.4.379.*

²⁵ 27 de mayo de 1823. *Carta 237, Lettres, t. I, p. 426.*

misioneros, así como su penuria momentánea y la idea que se hacía del estado financiero de la Compañía.

La comunidad estaba dispuesta en julio. Comprendía ocho miembros, de los que Dominique Clouzet era el director y el P. Rothéa el capellán. El P. Chaminade, pensando no tener que temer las exageraciones de David Monier cuando todo estaba terminado, y queriendo darle una nueva prueba de su confianza, le encargó de conducir la colonia a Saint-Remy, de instalarla y de organizar las obras. El 16 de julio, bajo los auspicios de Nuestra Señora del Carmen, reunió a sus hijos en la capilla de Saint-Laurent y recibió la renovación de sus votos. El 18 a la mañana, les bendijo, les acompañó hasta el puente del Garona, les abrazó y los confió a la divina Providencia.

El malentendido tenía que estallar a la llegada de los religiosos a Saint-Remy. Encontraron un castillo principesco, pero sin muebles; una finca espléndida, pero sin cosecha ni instrumentos de cultivo. Para instalarse, para vivir hasta el día en que la propiedad estuviese en rendimiento, poseían a su llegada, por toda fortuna, una suma de seis francos. Era el resto de un viaje realizado pobremente, en gran parte a pie. El P. Bardenet estaba descontento y decepcionado, David Monier desesperado. El P. Chaminade fue el único que no se turbó. Cuando fue informado, escribió a Clouzet²⁶: «Sea lo que sea lo sucedido, hemos creído deber comenzar, y hemos comenzado. Nuestras intenciones son puras: ¡vamos adelante!».

Los discípulos del P. Chaminade habían aprendido de su maestro a echarse en toda circunstancia en manos de la Providencia: ella no podía abandonarles. El P. Bardenet hizo por ellos lo posible y el P. Chaminade les envió con toda urgencia algún dinero. Estas ayudas no impidieron que vivieran en extrema pobreza: como lecho, un jergón sin cama y un solo par de sábanas de las que había que prescindir cuando se lavaban; como alimento, patatas y algunas legumbres traídas por el P. Bardenet; como bebida, agua de frutos fermentados: eso era todo lo que tenían para sostener sus fuerzas. Cuando vino el invierno, siempre crudo en esta meseta barrida por los vientos, este año más crudo todavía que de costumbre, nuestros pobres meridionales temblaban de frío durante el día con sus trajes ligeros y durante la noche con su única manta, casi sin leña para hacer fuego, calentándose con el trabajo manual o corriendo.

No sufrían solos: todas sus privaciones repercutían en el corazón del P. Chaminade, cuyas «entrañas de padre»²⁷ estaban profundamente conmovidas y les decía²⁸: «No sé si sus penalidades y dificultades pueden dejarles imaginar la gran pena que me causa Saint Remy». Les dice todavía²⁹: «Reconozco que tendría menos pena tomando sobre mi cabeza sus sufrimientos que sabiendo que están en esa dura posición, sin poderla remediar de inmediato». Hacía lo imposible por ellos. Escribe al P. Bardenet³⁰: «Tengo el corazón afligido de saber que algunos de estos jóvenes no estarían suficientemente vestidos para el invierno. Enseguida he hecho enviar, por letra de cambio, una suma de seiscientos francos». Y así cada vez que encontraba algún recurso.

Había otra causa de inquietud que pesaba sobre el P. Chaminade, y sólo sobre él: era el estado de agitación en que se encontraba David Monier, que pasaba del abatimiento extremo a la euforia y sus fluctuaciones, más que ninguna otra causa, ponían la obra en peligro. Hacía las promesas más irrealizables al prefecto de la Haute-Saône y al P. Bardenet, comprometiéndose incluso con contratos que, si hubiesen sido válidos, habrían sido la ruina de la Compañía. Después, no viendo el medio de cumplir estos singulares compromisos, recaía en el abatimiento, echaba la culpa al P. Chaminade y, esperando, dejaba a la comunidad en la incertidumbre respecto al tipo de obras al que había que entregarse.

A doscientas leguas de distancia, conocía la verdad sólo a trozos y no sabía por qué vía debía comprometer a sus hijos. En primer lugar, trató de hacer oír a David Monier la voz de la razón y del buen sentido³¹: «Comprendo que con diez mil francos usted podría poner en marcha las cosas mucho mejor; pero no entiendo bien que religiosos, entregados a la pobreza evangélica, entregados por tanto a la divina Providencia, tanto en sus personas como en las obras de las que Dios puede encarregarles, necesiten aparecer como acomodados, como ricos. Comprendo que estos

²⁶ 9 de septiembre de 1823. *Carta 250, Lettres, t. I, p. 457.*

²⁷ Carta del 23 de febrero de 1824 a Clouzet. *Carta 270, Lettres, t. I, p. 507.*

²⁸ 20 de enero de 1824, a Clouzet. *Carta 268, Lettres, t. I, p. 503.*

²⁹ 2 de diciembre de 1823. *Carta 260 a la Comunidad de Saint-Remy, Lettres, t. I, p. 478.*

³⁰ 6 de noviembre de 1823. *Carta 255, Lettres, t. I, p. 468.*

³¹ 8 de diciembre de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 252, de 30 de septiembre de 1823, Lettres, t. I, pp. 460-461.*

religiosos podrían no atribuirse la gloria de ello y referirla sólo a Dios, pero no comprendo que Dios se contente con esas disposiciones por nuestra parte». Y añadía^d: «¿Quién es el hombre sabio que hubiera augurado que, porque este establecimiento no había podido formarse en cuatro meses, no iba a tener éxito?».

Se daba cuenta de que esta cabeza necesitaba reposo más que razones, y, sin contestar a sus alegaciones, tenía con él sobre todo el lenguaje de la dulzura y de la fe³²: «Siento muy vivamente, querido hijo, su dura posición. Me parece que yo preferiría soportarla solo que figurármela sin participar en ella. A veces temo que he dado mi consentimiento para un establecimiento muy por encima de nuestras fuerzas... Pero está hecho y adoro los planes de Dios. Trabajamos para él y no para nosotros». Un poco más tarde le decía³³: «Siento, querido hijo, que cuanto más justas fuesen mis excusas y justificaciones, menos le servirían de consuelo, y yo lo que deseo es su consuelo. Usted ha hecho promesas y no puede cumplirlas. ¿Cuáles son esas promesas? Sean las que sean, haré toda clase de esfuerzos para ayudarle a cumplirlas». Por estos procedimientos paternales, consiguió calmar un poco esta cabeza calenturienta. Pero comprendió que David Monier era en adelante un instrumento inadecuado para esta obra y que era necesario retirarlo de Saint-Remy para que esta casa prosperase.

Por lo demás tenía puestas grandes esperanzas en la obra desde todos los puntos de vista. Para él, dos motivos las justificaban. El primero era el espectáculo de tantas contradicciones y sufrimientos: una obra emprendida por Dios solo y así bamboleada tenía que llegar a buen puerto. «*Qui caepit opus bonum, ipse perficiet*», decía el fundador con san Pablo³⁴. «Los establecimientos que están llamados a hacer un bien real son ordinariamente aquellos cuyo nacimiento es más dificultoso y borrascoso»³⁵. Con esta misma consideración sostenía el valor de sus hijos. Decía a toda la comunidad³⁶: «Elevándome por la fe hasta el árbitro de nuestros destinos, he adorado los designios de su Providencia paternal. Me he dicho a mí mismo: el Señor toma su criba en la mano. Quiere purificar esta colonia selecta, quiere discernir a los que son aptos para echar los fundamentos de un establecimiento que debe llevar tan excelentes frutos en estas provincias lejanas. Una juventud virtuosa a medias no sería digna de tal empresa. Espero, queridos hijos, que ninguno de ustedes sucumbirá a la prueba del Señor».

Efectivamente, ninguno de ellos falló, y ese fue su segundo motivo de consuelo y esperanza. Sus hijos se mostraron dignos de él, dignos de María a quien servían. Las privaciones y las fatigas de un viaje de tres semanas, realizado en gran parte a pie, no habían alterado ni su alegría ni su fervor. Según decía su jefe, formaban «una verdadera comunidad ambulante». La indigencia y los sufrimientos de seis meses largos de aislamiento, y la incertidumbre que planeaba sobre las obras a emprender, eran una prueba más decisiva todavía. Y sin embargo, ni una sola queja llegó a oídos del P. Chaminade. Al contrario, tuvo que leer cartas admirables de alegría y espíritu de fe que edificaban a los Hermanos y a las Hermanas. Con un trabajo encarnizado, se esforzaron en procurarse para el año siguiente algunos recursos en esta propiedad que era rica y productiva. Dominique Clouzet daba a todos ejemplo de trabajo y economía. El P. Rothéa era un modelo de mortificación y humildad, pasando el invierno sin fuego en una pequeña habitación al norte, y el sábado por la tarde, en el capítulo de culpas, poniéndose de rodillas delante de sus hermanos y besándoles sucesivamente los pies. «Yo me moría de confusión», dice uno de ellos³⁷.

El entendimiento entre todos los miembros de la comunidad era perfecto. Escribía Clouzet³⁸: «La unión entre nosotros es grande. ¡Viva el Señor que nos ha dado esta gran gracia!». Gracia de elección, efectivamente, que engendraba la paz y, por añadidura, la alegría, esa alegría exuberante de los corazones rectos en tiempo de privaciones; a veces hasta turbaba las oraciones, si

^d Carta 263, *Lettres*, t. I, p. 484.

³² 25 de noviembre de 1823. *Extractos de la carta 258, Lettres*, t. I, p. 474.

³³ 16 de diciembre de 1823. *Carta 265, Lettres*, t. I, p. 490.

³⁴ A David Monier, 17 de abril de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 245, de 17 y 18 de agosto de 1823, Lettres*, t. I, p. 442.

³⁵ A David Monier, 25 de noviembre de 1823. *Carta 258, Lettres*, t. I, p. 475.

³⁶ 2 de diciembre de 1823. *Carta 260, Lettres*, t. I, p. 478.

³⁷ Notas manuscritas de Pierre Salmon. *AGMAR 17.4.203*.

³⁸ Al P. Chaminade, 14 de enero de 1824. *Día ligeramente equivocado: es el 16 de enero de 1824. AGMAR 26.5.411*.

se producía algún error. El P. Rothéa se alarmaba y el Buen Padre le tranquilizaba con estas palabras: «Esa alegría es un signo de la paz que reina en las almas».

No se equivocaba. Un testigo de estos tiempos³⁹, que bien merecen el calificativo de heroicos, resumía así al final de sus años sus impresiones de entonces: «Estábamos contentos y felices como reyes. Con este régimen sencillo y frugal, todo el mundo iba bien; no había enfermos; la vigilia y el ayuno de cuaresma y de los viernes eran perfectamente observados; las penitencias, las disciplinas y las cadenillas no eran cosas desconocidas», aunque el P. Chaminade, que fue a Saint-Remy algunos años más tarde, tuvo que moderar los ardores del espíritu de penitencia. Continúa nuestro testigo: «Oh Dios, ¡qué alegría, qué fervor en estos tiempos!, eran los días de la edad de oro. Sólo con el recuerdo, las lágrimas me nublan los ojos cuando escribo estas líneas. Pronto me juntaré con nuestros buenos Padres y nuestros buenos Hermanos en un mundo mejor: eran tan santos religiosos que yo creo que todos están en el paraíso».

Tantas virtudes eran para el exterior una primera predicación, mientras se esperaba tener los medios materiales para hacer más. En el primer momento, la aparición de estos hombres venidos de lejos, había provocado en los campesinos del Franco Condado un poco de curiosidad y mucha desconfianza. Se decía⁴⁰ que eran españoles provistos de cofres de oro y plata. Los recuerdos de los hidalgos españoles, famosos en otro tiempo en el país, se desvanecieron muy pronto ante la realidad, más sencilla y más grande a la vez. Estos misteriosos habitantes del castillo no eran más que religiosos, como los que los ancianos del lugar habían conocido en Faverney, en Clairefontaine y en los otros monasterios de alrededor. Los recién llegados diferían de los antiguos monjes por la forma de vestir. Eran iguales a los mejores de entre ellos por su fidelidad a las observancias monásticas, a la regla del silencio, a la modestia, al desprendimiento. Pronto pasaron a decir: «Son hombres de bien que trabajan para Dios y para el cielo»⁴¹.

No hizo falta más para atraer vocaciones. Los dos primeros postulantes⁴² parecían enviados por María misma, porque venían del pueblo lejano de Jouhe, al pie del Mont-Roland, uno de los más célebres santuarios de la Virgen del Franco Condado. En el mes de enero de 1824, los postulantes eran nueve, y el P. Chaminade permitió al P. Rothéa inaugurar con ellos un noviciado regular.

Este hecho confirmó todas las esperanzas que el fundador había puesto en Saint-Remy y le decidió a no aplazar más la creación de las obras para las que se había trasladado allí. Estuvo a punto de ir él mismo en persona. Pero se vio obligado a renunciar a esta idea y llevó sus planes, para reemplazarle, con El P. Caillet, el mismo a quien se le hicieron los primeros ofrecimientos relativos a la fundación. Con fecha del 24 de febrero de 1824 le dio instrucciones para el caso y llamó a Burdeos a David Monier.

Acogió bien a este último, a su vuelta, y no le hizo ninguna alusión que recordase el pasado: volvió la intimidad de antes, pero en adelante el P. Chaminade no alejó ya más de su persona a su colaborador que, cuando estaba solo y privado de los consejos de su mentor, se dejaba llevar por el ardor exagerado de su celo y exponía a las obras a enojosos problemas.

El P. Caillet, que le había sustituido, no tenía ninguna de las cualidades seductoras del abogado bordelés; su exterior denotaba la campiña en que había crecido y sus conocimientos eran más sólidos que brillantes. Hombre íntegro, iba en línea recta hacia el objetivo, prefiriendo saltar los obstáculos que bordearlos. Naturaleza sincera y leal, carácter profundamente religioso, se distinguía por una virtud y una piedad nada comunes. Además, su docilidad era a toda prueba.

Con esas credenciales, el P. Chaminade ponía en él plena confianza. Lo anunciaba así a Clouzet⁴³: «El P. Caillet no tiene grandes luces, ni mucho mundo, pero es un religioso lleno de espíritu de fe y de celo. Tiene el juicio recto, el carácter al mismo tiempo flexible y firme para ejecutar todas las órdenes de la obediencia». Para este encargo en el Franco Condado, el P. Caillet tenía la ventaja de ser favorablemente conocido por el clero, especialmente por los misioneros diocesanos y los directores del Seminario, que podían contribuir más que nadie al éxito de las obras proyectadas.

³⁹ Pierre Salmon. *Entresacado de AGMAR 17.4.203*.

⁴⁰ Notas de Pierre Salmon. *Entresacado de AGMAR 17.4.203*.

⁴¹ Notas de Pierre Salmon. *AGMAR 17.4.203*.

⁴² Jean Rosette y Antoine Guyot, que llegaron a ser excelentes religiosos, se presentaron el 4 de septiembre, sólo quince días después de la llegada de la colonia.

⁴³ Cartas de 5 y 13 de abril de 1824. *La frase citada es de la carta 281, Lettres, t. I, p. 281*.

Capítulo 29: Nuevas obras de educación: las escuelas normales y las escuelas profesionales (1824-1826)

¿Qué obras iba a emprender la comunidad de Saint-Remy? El P. Chaminade, al aceptar esta fundación, se propuso en primer lugar realizar la idea de los misioneros diocesanos y abrir la casa a las almas fatigadas del mundo y deseosas de santificarse con el trabajo manual: Saint Remy sería una especie de Trapa cuyo silencio y oración constituirían, en favor de todo el Instituto, una súplica permanente para atraer las bendiciones del cielo sobre los trabajos apostólicos de los demás miembros. Este proyecto nunca fue abandonado por el P. Chaminade. Pero no se podía realizar inmediatamente, y su ejecución pudo comenzarse doce años más tarde, cuando se dispuso de los instrumentos de cultivo y el utillaje necesarios para la instalación de una comunidad obrera y agrícola.

Por el momento, era preferible empezar por obras de educación, que el primer plan no excluía y que siempre encontrarían sitio suficiente en la inmensa extensión de la propiedad. Las poblaciones vecinas pedían un internado. Un pequeño colegio abierto unos años antes en Amance, a una legua del castillo, por un valioso sacerdote, el P. Busson, había reunido a una elite de jóvenes cuya perla había sido Thomas Gousset, el futuro cardenal-arzobispo de Reims. La desaparición de este colegio dejaba un vacío que la Compañía de María estaba destinada a llenar. Así, el P. Caillet fue autorizado por el fundador para abrir un internado en cuanto llegó a Saint-Remy. Primero se impartió sólo la enseñanza primaria, pero antes del fin de año (1824) se encontraron algunos alumnos de latín. Fue la primera obra de la comunidad de Saint-Remy.

Sin embargo, el P. Chaminade quería más y mejor. Buscaba para sus hijos un apostolado apropiado a las nuevas condiciones en que estaban. Hasta entonces sólo habían conocido las grandes aglomeraciones de población. Habían adoptado escuelas y al mismo tiempo atendían a la congregación y así llegaban a las diferentes edades. Pero en Saint-Remy, en plena campiña, próximo a un sólo pueblo, que era una aldehuela, no había posibilidad de congregación. Entonces ¿los hijos de María se tendrían que resignar a no ejercer ninguna acción sobre estas poblaciones tan poco instruidas de las verdades religiosas más que por la influencia, profunda sin duda pero lenta y limitada, de un internado? ¿No se podrían suplir las congregaciones con algún otro medio de apostolado? Así el espíritu flexible y nada exclusivo del P. Chaminade se preguntaba a sí mismo y preguntaba a Dios en la oración, mientras en Saint Remy sus hijos se preparaban con la mortificación y el trabajo manual a sembrar, cuando llegase el momento, el buen grano de la palabra de Dios.

La misión del P. Caillet marcó precisamente la hora de la Providencia. Se había hecho la luz en el espíritu del fundador: había comprendido que Dios le pedía una obra para maestros, y dio instrucciones a su representante para que pusiese manos a la obra sin tardar.

La primera idea de una obra de este tipo le había sido sugerida por los misioneros diocesanos. En sus correrías apostólicas, habían comprobado la poderosa influencia moralizadora y religiosa que puede ejercer un maestro en los pueblos, si está a la altura de su tarea, como cristiano y como maestro. Por desgracia, no sucedía así. Eso se puede deducir del cuadro que el abogado Bardenet, primo del misionero, presentaba el 20 de agosto de 1824 al consejo general de la Haute-Saône, en nombre del comité departamental de instrucción primaria: «Por muchos esfuerzos que la autoridad ha hecho en este departamento para introducir las mejoras convenientes en la instrucción, no ha tenido éxito. La ignorancia y, hay que decirlo, la inmoralidad de la mayor parte de los maestros o responsables de escuelas ponen un obstáculo permanente, e incluso creciente, a estas mejoras. Es verdad que la academia ha prescrito un modo de admisión a las plazas de maestros que a primera vista parece que debe garantizar que se conozcan los vicios que se le reprochan... Pero la facilidad con que se dan generalmente los certificados de moralidad es demasiado conocida y no sirve para que el consejo esté informado de los hechos, y el mismo examen de los inspectores de la academia, cuando hacen su visita en este departamento, muestra suficientemente la ignorancia profunda de la mayor parte de los maestros. Por otra parte, el consejo está convencido, por el examen de los diversos métodos de enseñanza adoptados en este departamento, de que la uniformidad tan deseada y hacia la que dirigen sus esfuerzos tanto la autoridad administrativa como la academia, está lejos de realizarse. 56 escuelas siguen

el método de la hermanos de las Escuelas cristianas, y son frecuentadas por 3.654 alumnos; 28 escuelas de enseñanza mutua son frecuentadas por 2.233 alumnos, y 424 escuelas que siguen el método antiguo son frecuentadas por 20.784 alumnos; de donde se sigue que, en este departamento, sólo la cuarta parte goza de los beneficios de un método uniforme, y los tres cuartos utilizan tantos métodos como maestros; en efecto, con el nombre de antiguo método, no hay que ver nada uniforme ni fijo, puesto que ya se sabe que cada maestro tiene poco más o menos el suyo o, mejor dicho, su rutina». El estado lamentable constatado en la Haute-Saône por el comité departamental era poco más o menos el mismo en toda Francia, como lo mostró más tarde el trabajo de P. Lorein, hecho en 1833, a petición de Guizot⁴⁴.

Para remediar el mal, en la medida de sus fuerzas, los misioneros diocesanos de Besançon, se habían propuesto reunir cada año a los maestros, con el consentimiento de la administración, y darles retiros. Pensaban unir a ellos lecciones pedagógicas para completar la formación demasiado rudimentaria de muchos de ellos e iniciarles en un buen método. Con este fin, habían acondicionado en Vesoul un antiguo convento de capuchinos. Pero, si los misioneros eran capaces de predicar el retiro, no estaban en condiciones de instruir a los maestros de escuela y aportarles lecciones prácticas: la organización material de estas grandes reuniones, la manera de ocupar a los maestros fuera de los sermones, y sobre todo la obligación de dar conferencias pedagógicas y cursos de diversas materias eran para los misioneros dificultades casi insuperables. Por eso, desde que trataron de atraer a la Compañía de María a Saint-Remy, alimentaron la esperanza de realizar, con su ayuda, lo que no podían hacer solos. Surgió la idea de completar los retiros y los cursos periódicos con la creación de una escuela normal permanente y fue presentada al mismo tiempo que la propuesta de los retiros.

Al P. Chaminade le seducía la idea. Escribía a David Monier el 27 de mayo de 1823⁴⁴: «La obra en sí misma sería muy importante si tuviese éxito. Las otras diócesis seguirían poco a poco el ejemplo de la de Besançon, sobre todo si el gobierno y la universidad diesen su asentimiento». Este proyecto fue un rayo de luz para el fundador. Durante todo un año acababa de sostener un asalto con el P. Mertian, superior de los Hermanos de la Doctrina cristiana en Alsacia, y con el P. Frechard, superior de una asociación semejante de Hermanos docentes en Lorena. Estos dos buenos sacerdotes deseaban unir su Congregación a la Compañía de María. Se lamentaban del triste estado de la campiña desde el punto de vista de la instrucción y ponían entre otras condiciones para la fusión el envío de los Hermanos solos o de dos en dos a los pueblos que no requerían una escuela de tres religiosos. En esto compartían las ideas del P. Jean de La Mennais, que fundó entonces su Congregación de Hermanos en Bretaña. Decía el P. Mertian por medio de Louis Rothéa⁴⁵: «Hay en Alsacia más de cien pueblos que pueden ocupar a dos Hermanos. Se detesta generalmente a los maestros de escuela, tanto de clases mutuas como de otro método; casi todos lo hacen mal. El P. Frécharde piensa lo mismo; él abandonaría el proyecto de formar Hermanos, si no debía ocuparlos más en las grandes ciudades».

El P. Chaminade no quería admitir ese principio de ninguna manera. Estaba de acuerdo con los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no enviaban nunca menos de tres religiosos por establecimiento. Escribe al obispo de Estrasburgo⁴⁶: «No veo cómo el amor del bien puede llevar a la ilusión de creer que se puede enviar sin inconvenientes a uno o dos jóvenes religiosos a los pequeños pueblos. Para hacer el bien unos días ¿no es exponer demasiado a estos jóvenes? ¿No es exponer al cuerpo entero de los Hermanos, sin contar los escándalos que se derivarían?»

Entonces ¿había que resignarse a no hacer nada por las poblaciones rurales pequeñas, que eran tan numerosas? A este grave problema las propuestas de los misioneros aportaban una solución satisfactoria y práctica. Es lo que vio el P. Chaminade desde el primer momento. Decía de él el P. Caillet⁴⁷: «Está convencido de que la creación de escuelas normales, donde se formarían buenos maestros de escuela para los pueblos que están faltos de ellos y a donde se llamará a los maestros antiguos para reformarlos en los retiros, es el medio más seguro y más rápido para regenerar al pueblo del campo. Por otra parte, se llegará a purificar la misma enseñanza primaria

⁴⁴ Publicado en 1837 con este título: *Tableau de l'instruction primaire en France*: está resumido por Compayré, *Histoire de la pédagogie*, 2ª edición, p. 439.

^a Carta 237, *Lettres*, t. I, p. 427.

⁴⁵ Carta de Louis Rothéa al P. Chaminade el 2 de abril de 1822. *AGMAR* 26.4.325.

⁴⁶ 4 de enero 1825. *Carta* 318, *Lettres*, t. I, p. 629.

⁴⁷ Al P. Mertian, 4 de febrero de 1826. *AGMAR* 24.4.308.

en las ciudades y pueblos por medio de los Hermanos». Cuando el P. Caillet hablaba así, se estaba ya practicando la experiencia en Saint-Remy, y parecía decisiva.

La autoridad universitaria en el Franco Condado se había mostrado favorable a estos intentos. El inspector encargado de las funciones rectorales, Desiré Ordinaire, estaba de acuerdo con los misioneros para facilitarles los retiros de los maestros. Con mayor razón debía estar dispuesto a apoyar la creación de una escuela normal, si se le proponía un plan. Al llegar al Franco Condado, en el mes de marzo de 1824, el P. Caillet encontró los caminos ya allanados y los espíritus mejor dispuestos por el hecho de que se acababa de producir un acercamiento entre el P. Bardenet y los misioneros. Hizo saber la importancia que el P. Chaminade daba a esta obra y se decidió enseguida: el primer retiro de los maestros fue fijado para las próximas vacaciones de Pascua: Debía tener lugar no en Vesoul sino en Saint-Remy. Por esta vez, se limitaría al departamento del Doubs, porque había que limitarse, por falta de material y de recursos suficientes, y también porque el prefecto de este departamento, el conde de Milon, era particularmente favorable al proyecto.

Una circular del inspector, fechada el 31 de marzo de 1824, convocó en Saint-Remy, para el 27 de abril, a dos maestros por cantón, elegidos por el comité cantonal. Al final de esta circular se anunciaba la próxima apertura de una escuela normal en Saint-Remy, y le asignaba un crédito de mil francos para algunas medio becas⁴⁸.

Cincuenta y cinco maestros acudieron a la llamada. Se estableció sin dificultad el contacto entre ellos y los religiosos, que no les escatimaron las pruebas de su afecto: no tenían suficiente mobiliario para todo el mundo y les cedieron sus propias camas. Se mezclaban con ellos durante los recreos, dialogando sobre sus escuelas, dándoles útiles consejos, escuchando con simpatía la exposición de sus dificultades. En estas charlas familiares se dieron cuenta de que todos los fallos no eran de los maestros de escuela y que muchos se debían a los municipios y a la legislación. Dice el P. Rothéa en sus notas: «Los maestros de escuela se han quejado de que, en varios municipios, faltan los objetos más indispensables como bancos, mesas, etc. Dicen que los pobres no quieren comprar libros a sus hijos y ponen muy poco interés en su educación».

Se animó a esta buena gente y, durante los primeros días, aparte de las dos instrucciones dadas una por el P. Rothéa y la otra por el P. Caillet respectivamente, se les ocupó en ejercicios profesionales, entre los cuales las conferencias de Bernard Gaussens fueron muy apreciadas por los maestros. Eran teóricas y prácticas, entraban en pequeños detalles, y así tendían a uniformar los métodos, en la medida de lo posible en un tiempo tan corto. Al cabo de cinco o seis días llegaron dos misioneros, los PP. Vernier y Prudhomme, y la segunda semana estuvo más directamente consagrada a los ejercicios del retiro, predicado en la capilla recién inaugurada del castillo. Sólo un maestro, que no quería acercarse a los sacramentos, se retiró la víspera de la clausura. El entusiasmo de los demás fue admirable y el canto del *Te Deum* de acción de gracias causó una impresión que se recordó durante mucho tiempo en Saint Remy.

La experiencia «superó todas las esperanzas», como decía el P. Bardenet⁴⁹, que lamentaba haberse enfurruñado durante tiempo con el P. Chaminade, no dirigiéndole ninguna carta. Sintió la necesidad de reparar su silencio y de expresar al fundador «toda la veneración que le inspiraba su persona y todo el afecto que experimentaba por el Instituto de María». Desde ese día, los progresos fueron rápidos en el Franco Condado, porque el P. Bardenet puso todo su ardor en propagar una Compañía a la que se consideraba íntimamente vinculado y de la que hablaba diciendo: *nuestra* Compañía, *nuestros* religiosos.

⁴⁸ La circular empezaba así: «Al terminar mi circular nº 3, que os fue dirigida el 1 de junio de 1822, les comunicaba un proyecto pensado desde hace tiempo para la mejora de los maestros de primaria y de las escuelas puestas bajo su dirección. Se trataba de un retiro al que esperaba llamar alternativamente a los maestros, y en el que los ejercicios religiosos destinados a reanimar en los corazones el gusto por la piedad podrían dejar algún sitio a ejercicios de otro orden, que tuvieran por objeto el perfeccionamiento de los métodos de enseñanza. La casa de los misioneros de Ecole pareció al principio el lugar más conveniente para hacer las reuniones. Circunstancias imprevistas han hecho substituir este local por la hermosa casa de Saint-Remy, situada en el cantón de Amance, departamento del Alto Saône. Allí, los ejercitantes se reunirán en torno a hombres valiosos que se han instalado allí con el objetivo fundamental de formar maestros, y bajo la dirección de los misioneros de esa diócesis, que se encargarán de los ejercicios religiosos».

⁴⁹ 18 de mayo de 1824. *AGMAR* 26.5.422.

Por su parte, el P. Chaminade, veía que abrían horizontes más amplios ante él. Escribía al P. Caillet⁵⁰: «¡Qué buen medio tenemos en esta obra, querido hijo, para purificar, quizá incluso antes e nuestra muerte, a una gran parte de la generación presente del pueblo francés!, pero hace falta sabiduría y firmeza». Y pocos días después añadía⁵¹: «La obra de los maestros de escuela me ha parecido siempre de las más preciosas. Si alguna vez se puede reunir en Saint-Remy a los maestros de escuela de los tres departamentos que forman el rectorado de Besançon⁵² y se puede purificar toda la enseñanza primaria en el ámbito de esta academia, es de suponer que la universidad y el gobierno pondrán interés en introducir esta obra en las otras academias. ¡Qué gran bien se conseguiría para la religión y para nuestra desgraciada patria! Trabajemos con entusiasmo y el buen Dios bendecirá nuestra dedicación, porque no tendrá otro motivo que su gloria». Su plan estaba trazado: abrir lo más pronto posible una escuela normal para el rectorado de Besançon y preparar para los años siguientes retiros de maestros de escuela en cada uno de los tres departamentos de Doubs, Haute-Saône y Jura⁵³.

Las escuelas normales eran una institución entonces casi desconocida en Francia. Un decreto de 1808 las había creado en teoría. De hecho, sólo se había establecido una, la de Estrasburgo, fundada en 1811 por el prefecto Lezay-Marnésia, y convertida, con la Restauración, en un foco de liberalismo y una fortaleza de la escuela mutua. La experiencia de Estrasburgo, renovada en 1820 en Heldefange cerca de Metz y en Bar-le-Duc, desanimó al gobierno de Luis XVIII, que se desinteresó de la institución por miedo a que se convirtiese en un arma del partido liberal. En 1823 prometió su apoyo a los Hermanos de las Escuelas cristianas para la creación de una escuela normal en Rouen, pero la escuela no se abrió hasta 1829. Así pues, en 1824 todo quedaba por hacer.

De acuerdo con el arzobispo de Besançon⁵⁴ y con el inspector, se redactó un prospecto⁵⁵, cuyo contenido fundamental era este: «En el antiguo castillo de Saint-Remy se encuentra un establecimiento religioso en el que está abierto una especie de seminario o escuela normal para formar a los jóvenes maestros de enseñanza primaria en las virtudes y conocimientos propios de su estado y hacer de ellos buenos maestros de escuela para los pueblos en que no pueden instalarse los religiosos dedicados a este tipo de enseñanza. Allí se admite a los jóvenes de padres honrados, que gocen de buena reputación y provoquen esperanzas reales de una piedad distinguida y capacidad suficiente, y que tengan intención de dedicarse a la enseñanza primaria. En primer lugar, se pone todo el cuidado en inspirarles los sentimientos de una verdadera piedad y el gusto por las cosas del cielo, que pueden dar la energía y el celo necesarios para cumplir dignamente las importantes pero difíciles funciones de maestro de primaria. En segundo lugar, se les hace adquirir los conocimientos necesarios en su estado. Se les enseña: 1º lengua francesa; 2º escritura; 3º ortografía; 4º elementos de geografía e historia; 5º aritmética; 6º canto llano; 7º manera de tener una clase, de mantener la disciplina, el orden interior y exterior; 8º medios para excitar la emulación y ejercer la vigilancia en clase, en el recreo y en la iglesia; 9º urbanidad y, en general, todo lo relativo a una buena educación primaria, una educación cristiana y monárquica. Después de una estancia prolongada y conocimientos suficientes, se podrán emplear los momentos libres en algunos oficios compatibles con sus funciones para proporcionarles un medio eficaz de evitar la ociosidad y proveer más fácilmente a sus subsistencia.- El precio de la pensión es de 25 francos por mes».

La escuela normal se abrió el 4 de junio y contó con una veintena de alumnos, entre los que se encontraban algunos medio becarios del departamento de Doubs. Este primer curso no duró más que tres meses, que fue el tiempo fijado por el señor Désiré Ordinaire. El P. Chaminade no quiso contradecir al inspector, pero consideraba completamente insuficiente la duración

⁵⁰ 17 de mayo de 1824. *Carta 288, Lettres, t. I, p. 557.*

⁵¹ 31 de mayo de 1824. *Es la carta 293, dirigida al P. Bardenet, Lettres, t. I, p. 572*

⁵² Doubs, Haute-Saône y Jura.

⁵³ Carta del 29 de junio de 1824 al P. Caillet. *Carta 594, Lettres, t. I, p. 595.*

⁵⁴ Por una circular del 10 de octubre de 1824, monseñor de Villefrancon que, en virtud de la ordenanza del 8 de abril de 1824, estaba encargado de la vigilancia inmediata de la enseñanza primaria en su diócesis, recomendó expresamente la escuela normal de Saint-Remy y el retiro de los maestros de escuela.

⁵⁵ Fechado el 18 de junio de 1824.

de la formación. Escribía a Clouzet⁵⁶: «Tres meses son muy insuficientes para formar a estos jóvenes, si efectivamente van a permanecer sólo ese tiempo. No llegará usted a crear la regularidad entre ellos: sólo la idea de salir a los tres meses les impediría ser dóciles, dejarse dirigir y también el deseo de aprender». Pero hubo que contentarse por ese año. El curso siguiente fue de cinco meses, y poco a poco se acercó al ideal propuesto por el P. Chaminade, que fijaba en tres años la duración regular de la estancia en la escuela. Y añadía aún: «En la escuela de Estrasburgo se les tiene cuatro años».

El éxito del inicio fue completo. Decidió enseguida a los departamentos de Doubs y de la Haute-Saône a votar créditos para la escuela normal y para los retiros de los maestros. Eran créditos inferiores a las necesidades, pero permitían seguir adelante. El nuevo rector⁵⁷, el P. Calmels, se mostró entusiasta de la escuela normal y escribió a Clouzet⁵⁸ para decirle lo que se alegraba de tenerla en su rectorado. Si hubiese sido por él, su influjo benéfico se habría extendido inmediatamente al departamento del Jura. Pero acababa de restablecerse la sede episcopal de Saint-Claude, y, como la enseñanza primaria estaba sometida a la jurisdicción de los obispos, según una ordenanza de 1824, era necesario crear una escuela normal distinta para el Jura, lo que se hizo a continuación, como veremos. Mientras tanto, el nuevo rector facilitó los retiros de los maestros de escuela. Tuvieron lugar, en este año de 1825, en los meses de agosto y septiembre sucesivamente para el Doubs y la Haute-Saône. Los dieron el P. Caillet y un misionero diocesano, el P. Vermot. Resultaron tan bien como los primeros e incluso empezaron a proporcionar a la Compañía de María excelentes vocaciones⁵⁹. En cuanto a la escuela normal, consiguió pronto la cifra de sesenta alumnos bajo la hábil dirección de Bernard Gaussens.

El P. Chaminade seguía esta obra con creciente interés. Al enviar al P. Caillet a Saint-Remy en 1825, le daba estas instrucciones⁶⁰: «Entre las obras que se realizan en la comunidad de Saint-Remy, hay dos que me interesan especialmente, los retiros anuales dados a los maestros de escuela de los departamentos de Doubs y Haute-Saône, y la escuela normal para ambos departamentos. Me hubiera gustado ir en persona a Saint-Remy para ayudarle en este trabajo... ¡Confianza! Usted tendrá dos retiros seguidos de quince días cada uno. Los doscientos maestros de escuela a los que usted va a predicar llevarán a doscientas parroquias ese espíritu de religión que habrán sacado de su retiro, y, a su vez, lo inculcarán a sus alumnos. No puedo pensar en las excelentes frutos de esta obra sin conmoverme profundamente y sin bendecir al Señor por habérmola inspirado. Es uno de los medios más sencillos y más poderosos de contribuir a la regeneración de Francia, tan pervertida en sus principios y en sus costumbres».

Encargó al P. Caillet que, aprovechando un viaje que iba a hacer a París, se pusiese en relación con la Obra de los Maestros de escuela cristianos, que dirigía Ponton d'Amécourt⁶¹. Decía hablando de d'Amécourt⁶²: «Que comprenda el fin que nos proponemos, el de multiplicar los cristianos, propagar por todas partes los principios de la virtud. Si se fija bien, verá que esta obra de las escuelas normales se opone directamente al plan trazado por d'Alembert para introducir, por medio de los maestros de escuela, el filosofismo hasta en las campiñas más alejadas de las ciudades. Nuestros maestros deben ser capaces de enseñar lo que acaban de aprender; pero sólo con la práctica se puede hacer ver el método del celo sabio y lúcido de los maestros para ganar los corazones a la virtud y a la religión».

Finalmente, invitó al P. Caillet a interesar sobre las escuelas normales al gobierno mismo, con el que se negociaba precisamente el reconocimiento legal de la Compañía de María. Entreveía⁶³ el momento en que «habría tantos establecimientos de esta clase como rectorados, o mejor todavía, como departamentos». Pero haría falta «que el gobierno lo quisiera, y lo quisiera

⁵⁶ Julio de 1824. *Error en la fecha y en el destinatario: la cita es de la carta 288, dirigida al P. Caillet, con fecha de 17 de mayo de 1824, Lettres, t. I, pp. 556-557.*

⁵⁷ Désiré Ordinaire fue nombrado rector de Estrasburgo.

⁵⁸ 14 de marzo de 1825. *AGMAR 155.1.52.*

⁵⁹ En el retiro de 1827, uno de los maestros, llamado Labé, fue objeto de una curación considerada como milagrosa y tuvo un gran eco.

⁶⁰ 7 de abril de 1825. *Entresacado no textual de la carta 327, Lettres, t. II, pp. 7-8.*

⁶¹ Antoine de Ponton d'Amécourt, congregante de París y muy dedicado a las obras de la infancia. Cf. Grandmaison, *La Congrégation*, página 152.

⁶² A Caillet, 28 de junio de 1825. *Entresacado de la carta 353, Lettres, t. II, p. 69.*

⁶³ Carta al P. Caillet, 14 de mayo de 1825. *Carta 341, Lettres, t. II, p. 43.*

de veras». Repetía al P. Caillet: «No deje de hacer sentir la importancia de esta obra para la regeneración lo más rápida posible de Francia».

Mientras tanto, se dedicaba a perfeccionar los métodos, para garantizar que la institución lograra su fin. Para él, el aspecto religioso era fundamental. Quería, y que nadie se extrañe por ello, que la influencia del maestro fuese ante todo moralizadora. Dice⁶⁴: «Nuestros maestros son enviados a la generación naciente como misioneros, es preciso que iluminen y desarrollen estas débiles inteligencias y formen estos jóvenes corazones en la virtud».

Por eso, no admitía fundaciones de este tipo si le parecía que no tenían las condiciones para conseguir ese fin. Escribía al P. Caillet a propósito de las peticiones de escuelas normales que empezaban a dirigirse⁶⁵: «No hay que aceptar escuelas normales más que si se pueden hacer los retiros anuales de quince días para los maestros de escuela antiguos y si dichos maestros pueden alojarse en el establecimiento». Temía que el director de la escuela normal de Saint-Remy no hubiese dado a la formación religiosa de sus alumnos toda su importancia, y se quejaba de ello en los términos siguientes⁶⁶: «Me parece que Bernard Gaussens no ha entendido bien lo que debe ser una escuela normal llevada por la Compañía de María, y está casi totalmente ocupado en que los candidatos hagan progresos en los estudios y demasiado poco en que aprendan a llevar a los niños, a formarles en la piedad y en la virtud. Si sólo fuese cuestión de instruirles, no valdría la pena de preocuparnos tanto. No faltarán en Francia, al menos durante mucho tiempo, maestros de escritura, maestros de matemáticas, etc.». Al mismo tiempo, pensaba que en las escuelas normales había que admitir a jóvenes de garantía. Dice un prospecto un poco posterior: «Para ser admitido en la escuela hay que tener al menos diecisiete años y probar, por certificados fiables, que se tiene buena conducta. Es raro que las personas que, con unas pasiones vivas y un espíritu ligero, hayan manifestado ya a esta edad inclinaciones viciosas, sean aptas para adquirir las cualidades que se quiere y se exige en un maestro de primaria».

Ante todo, importaba darles una buena enseñanza religiosa. Dice al P. Lalanne⁶⁷: «La religión debe ser la materia más interesante de la enseñanza que se da en las escuelas normales, aunque no haya que descuidar las otras partes de la enseñanza». En cuanto al modo de esta enseñanza, «debe ser adaptada al espíritu del siglo y a la situación de los maestros de escuela»⁶⁸. Entraba en detalles prácticos⁶⁹: «Yo quisiera la enseñanza de las pruebas de la religión con la enseñanza de sus dogmas. Estamos en un siglo en que se hace razonar o más bien disparatar hasta a los campesinos y a menudo hasta a los criados de las ciudades. Es preciso que todos nuestros candidatos de las escuelas normales lleguen a ser pequeños lógicos e incluso un poco metafísicos, que conozcan todas las fuentes de la certidumbre humana»⁷⁰.

Los conocimientos profanos no deben sufrir por la importancia dada a la religión. Dice el P. Chaminade⁷¹: «En la Compañía no se piensa que hubiera una ganancia para la religión y las costumbres, lo mismo que para las artes y la industria, restringiendo la instrucción del pueblo hasta límites más reducidos. Se cree, por el contrario, que el pueblo no puede ser reconducido a la fe y a las virtudes, de las cuales la fe es el principio, más que por medio del desarrollo de sus facultades y un aumento de la instrucción». Las materias de enseñanza debían ser las que estaban ya escritas en el prospecto de 1824. El P. Chaminade quería que se pudiesen añadir conocimientos de orden práctico, como contabilidad, agrimensura, legislación y otros. «En una palabra, yo quisiera formar en estas escuelas normales hombres y cristianos que puedan regenerar

⁶⁴ A Lalanne, 5 de julio de 1831. *Carta 594, Lettres, t. III, pp. 38-39.*

⁶⁵ 15 de septiembre de 1825. *Carta 376, Lettres, t. II, p. 134.* Se trataba de escuelas normales a abrir en Saint-Claude y Nancy.

⁶⁶ A Lalanne, 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, t. II, pp. 403-404.*

⁶⁷ 15 de febrero de 1830. *Carta 502, Lettres, t. II, pp. 420-421*

⁶⁸ *Ibidem. P. 420.*

⁶⁹ A Lalanne, 15 de enero de 1830. *El P. Simler ha reunido en una sola cita los pasajes de dos cartas. La primera parte de la cita corresponde a la carta 497, Lettres, t. II, p. 412.*

⁷⁰ Al P. Lalanne, 22 de febrero de 1830. *La segunda parte de la cita es de la carta 503, Lettres, t. II, p. 424.* Como método, recomienda la obra titulada: *Les principes de la saine philosophie conciliés avec ceux de la religion, ou la philosophie de la religion*, por el autor de la *Théorie des êtres sensibles*. Decía: «Hay obras más recientes, pero pocas más didácticas». El autor de esta obra era el P. François Para du Phanjas, de la Compañía de Jesús (1724-1797), y la reputación de su obra mereció que fuese después reimprimida por Migne en el t. X de las *Demonstrations évangéliques*.

⁷¹ Prospecto de las escuelas modelo preparatorias. *Cfr. Lettres, t. II, p. 457.*

sus pueblos, y para ello tienen que gozar de cierta consideración por los conocimientos que tienen que comunicar a sus alumnos y por el celo que les hacen útiles a las familias»⁷².

De ahí, según él, la necesidad de tener a los jóvenes en estas escuelas durante una media de tres años y de darles un director que tenga una cultura superior a la de la enseñanza primaria. Dice⁷³: «Los responsables de las escuelas normales deben ser hombres maduros que, en general, tengan sus estudios secundarios y que, de ordinario, no hayan destacado sólo en lo que depende de la enseñanza primaria». Y añade⁷⁴: «Difícilmente se tendrían buenos profesores de escuelas normales si las personas que se destinan a ellas no han hecho estudios superiores».

En cuanto al método pedagógico, el P. Chaminade propugnaba el método inaugurado en Agen, que era muy bueno y sólo necesitaba perfeccionar en algún detalle. No ocultaba⁷⁵ que en el fondo se trataba del método simultáneo del que los Hermanos de las Escuelas cristianas tenían una experiencia tan larga y decisiva. No dudaba de la ineficacia del método mutuo, defendido más por motivos políticos que pedagógicos⁷⁶. Sin embargo, como no quería suscitar conflictos, sino hacer el bien en libertad⁷⁷, y como, por otra parte, el sistema de Lancastre tenía la ventaja de acomodarse a un personal limitado, incluso en las escuelas de numerosos alumnos, el P. Chaminade le dio un lugar accesorio en su método y lo combinó, aunque en débiles proporciones, con el sistema de los Hermanos. De ahí el nombre de enseñanza *mixta* que dio a su método. En una misma clase, los alumnos eran divididos según su capacidad en secciones de diez a doce niños, de los que el primero hacía el papel de monitor. Estas secciones facilitaban la tarea del maestro, que podía ocuparse al mismo tiempo de una parte de sus alumnos y transmitir más rápidamente su enseñanza a la clase entera. El P. Chaminade perfeccionó este método mientras vivió. Hizo multiplicar las pruebas, pidió informes sobre los resultados y consignó sus observaciones en las sucesivas redacciones del Método. Un punto sobre el que no varió nunca es el de la condenación de la palmeta: prohibió constantemente a sus religiosos recurrir a ese medio de represión.

Es de admirar la competencia con la que el P. Chaminade se movía en este campo de la enseñanza primaria que no era el suyo. Nada le había preparado a este tipo de estudios, y, sin embargo, gracias a una capacidad notable de asimilación, sabía ver con seguridad y al primer golpe de vista el valor de los procedimientos a emplear. El método Jacotot estuvo de moda un momento hacia el final de la Restauración⁷⁸. Se basaba en este aforismo paradójico: «Todo está en todo», y pretendía dar una formación completa por medio de uno o dos libros. El P. Chaminade comprobó por sí mismo esta invención maravillosa y no tardó en condenarla. Escribe a Lalanne⁷⁹: «Me he informado de una manera particular en mi último paso por París. He preguntado a uno de los alumnos del Instituto Balle», donde se aplica este procedimiento. «He comprado el método de enseñanza universal de Jacotot. Al ver el método, se pierde el gusto por la enseñanza misma». La misma claridad de ideas cuando se trata de dictar un método especial en Alsacia, donde la enseñanza simultánea de las dos lenguas, francesa y alemana, exigía disposiciones particulares. El P. Chaminade estudió ampliamente el caso, tanto desde el punto de vista del conocimiento de las dos lenguas como de la formación general del niño. Indicó dos soluciones, las dos admisibles, aunque sus preferencias fuesen por una. Según la primera, se enseñaría sólo alemán a los que empezaban, porque la mezcla de las dos lenguas no haría más que embrollarles, y el alemán, al ser su lengua materna, permitiría más fácilmente al maestro formar su mente y su corazón. El francés vendría después en las clases más elevadas. Según la segunda solución, sólo se enseñaría el francés, incluso a los niños más pequeños, pudiéndose añadir fácilmente el

⁷² Al P. Lalanne, 31 de marzo de 1830. *Carta 514, Lettres, t. II, p. 454.*

⁷³ Al P. Lalanne, 29 de septiembre de 1831. *Carta 604, Lettres, t. III, p. 78.*

⁷⁴ Al P. Caillet, 21 de julio de 1825. *Carta 360, Lettres, t. II, p. 92.*

⁷⁵ «La enseñanza de la Compañía es, en el fondo, la enseñanza simultánea». A Clouzet, 26 de marzo de 1829. *Carta 473, Lettres, t. II, p. 351.*

⁷⁶ Octave Gréard, en su obra *Education et Instruction, Enseignement primaire*, p. 35 y siguientes, trata magistralmente la cuestión de la enseñanza mutua desde el punto de vista histórico y pedagógico.

⁷⁷ En Agen, por ejemplo, en el movimiento de 1830, sus escuelas no fueron inquietadas, mientras que en Marmande expulsaron a los Hermanos de las Escuelas cristianas, con el pretexto de que eran hostiles a la enseñanza mutua. (Carta del P. Chaminade a Dominique Clouzet, 22 de noviembre de 1830. *Error en el destinatario, es al P. Lalanne, carta 563, Lettres, t. II, p. 552.*)

⁷⁸ Cf. Compayré, *Histoire de la pédagogie*, 11ª edición, p. 445.

⁷⁹ 4 de diciembre de 1829. *Carta 490, Lettres, t. II, p. 386.*

alemán más tarde en las clases superiores, en la medida en que este conocimiento era necesario. Él se pronunció por esta segunda solución, que le parecía reunir el mayor número de ventajas, pidió su aplicación a sus religiosos, sin obligarles a ello si las autoridades se oponían⁸⁰.

La casa de Saint-Remy tuvo, menos de un año después de su fundación, un primer resultado importante: la creación de una escuela normal en una época en que se hacía sentir más vivamente la necesidad de este tipo de obra. Aunque el P. Chaminade no hubiese tenido más mérito que el de la iniciativa, tendría derecho a no pasar desapercibido entre los promotores de la enseñanza popular en Francia. Pero, además, su iniciativa fue inmediatamente fecunda, como veremos en uno de los capítulos siguientes, y habría sido mucho más, desde el punto de vista moral y religioso, si la Revolución de 1830 no hubiese obstaculizado sus planes.

El P. Chaminade quería más todavía de la fundación de Saint-Remy. Esperaba realizar un plan acariciado desde el momento en que la enseñanza primaria fue admitida entre las obras de la Compañía. Consistía en completar la formación de los niños del pueblo con una cultura profesional, directamente apropiada a las necesidades de cada región. Este plan aspiraba a un doble fin: preparar más eficaz y rápidamente al niño para su futuro oficio, y prolongar algunos años la acción religiosa y moral que sus maestros ejercían sobre él.

La idea de la enseñanza profesional no era nueva y, sobre todo desde el P. Saint-Pierre, muchos pedagogos la habían recomendado. Pocos de ellos habían tratado de ponerla en práctica como lo hacía entonces mismo el conocido educador suizo Pestalozzi. El P. Chaminade proyectaba dos clases de cursos. Unos, más completos, destinados a una enseñanza profesional más relevante y especial, de verdaderas *escuelas de artes y oficios*: era el nombre que él les daba. Los otros cursos, más sencillos y populares, se añadirían a cada una de las escuelas primarias designadas por la ordenanza del 29 de febrero de 1816 con el nombre de «escuelas de grado superior». La originalidad de los planes del P. Chaminade estaba sobre todo en este último tipo de escuela. Designaba estos cursos o talleres con el nombre de escuelas *conjuntas*, y las definía así en el primer proyecto de estatutos que sometió a la aprobación del gobierno^b: «Estas escuelas serán prácticas. Se aplicarán más especialmente al trabajo de la tierra en general y de la horticultura en particular, a los diversos tipos de economía rural y a las artes que se pueden llamar rurales, porque se refieren a los trabajos del campo y a las necesidades de los que lo cultivan. El objetivo principal de los maestros en la escuela primaria y en la escuela conjunta será hacer aptos para la agricultura, la industria y el comercio a los niños que reciban en las escuelas, cuidando de no darles pretensiones y deseos por encima de su condición. Para ello, se recordará constantemente a todos los alumnos el principio de que vale más destacar en un arte ejercido por sus padres que seguir penosamente una profesión más elevada en que no se tienen los mismos medios de entrada y perfeccionamiento». Además, «cualesquiera que sean los trabajos emprendidos en una escuela conjunta, se empleará en ellos alternativamente sólo algunos días y algunas horas, para que los alumnos puedan seguir la instrucción que se tiene en las escuelas puramente primarias».

Esos eran los planes del P. Chaminade desde antes de la fundación de Saint-Remy. En Agen, David Monier había previsto un local para estos talleres al fondo del jardín del Refugio. Se acababa de abrir la escuela de grado superior y se proponía hacer la experiencia de las escuelas conjuntas. La falta de recursos y de maestros obligó a aplazar su ejecución. Pero el P. Chaminade se puso enseguida la obligación de preparar maestros en Saint-Laurent: hizo una instalación para el ejercicio de oficios que debía completarse poco a poco, siendo la cerrajería la que más se desarrolló.

En aquel momento, Saint-Remy se presentó como un campo de experiencia muy apropiado, y una de las primeras ideas del fundador fue instalar allí una escuela profesional especialmente destinada a los oficios del campo y capaz de preparar, junto a la escuela normal, profesores para las escuelas conjuntas. A una de las cartas en que David Monier exponía sus propios planes a este respecto, responde el P. Chaminade⁸¹: «La conjunción de los artes y oficios con la enseñanza de las escuelas primarias producirá efectos admirables y nos darán la mayor

⁸⁰ Carta del 30 de diciembre de 1830 a L. Rothéa. *Fecha equivocada: es la carta 564, de 3 de diciembre de 1830, Lettres, t. II, pp. 523ss.*

^b Cfr. *Lettres, t. II, p. 25.*

⁸¹ 10 de abril de 1823. *Fecha equivocada: es la carta 240, de 10 de junio de 1823, Lettres, t.I, p. 433.*

facilidad para propagar la religión entre la juventud». Y añade^c: «En las ciudades en que tenemos escuelas primarias, éste será un medio de preservar de la corrupción a los niños que saldrán de ellas para ser aprendices».

El único obstáculo que paraba esta obra, como tantas otras, era la falta de dinero. El prefecto de la Haute-Saône, el conde de Brancas, quería encontrar recursos y combinar con el P. Chaminade planes de ejecución⁸². Pero hubo que esperar todavía algunos años, porque la buena voluntad del prefecto chocaba con la impotencia del Consejo general para suministrar los fondos necesarios para esta obra.

Hubo un momento, en 1826^d, en que el proyecto estuvo a punto de realizarse fuera y en grandes proporciones. Ofrecieron al P. Chaminade la dirección de los talleres que la Asociación de San José acababa de fundar en Versalles bajo la dirección del P. Lowenbruck⁸³. Era una escuela de aprendizaje de diferentes oficios, instalada en las mejores condiciones y subvencionada por el gobierno. Las negociaciones fracasaron, principalmente porque el P. Chaminade no podía proporcionar un personal bastante considerable. Otras propuestas de fundaciones puramente agrícolas vinieron del Norte, de parte de Reineville, que hacía en Amiens intentos de orfanatos agrícolas. Tampoco aquí se logró por falta de medios económicos y de entendimiento entre los miembros del comité fundador.

Durante este tiempo, en Saint-Remy, los locales y el personal se preparaban poco a poco, a medida que el ingenioso Clouzet creaba recursos. Empezó modestamente, pero, gracias a su indomable perseverancia, en 1830, había ya abierto varios talleres y proyectaba una escuela granja. De su personal especial pudo incluso, en 1827, sacar algunos miembros para realizar la primera de las numerosas fundaciones de las que Saint-Remy debía ser el punto de partida, la primera también, entre las obras abrazadas por la Compañía de María, que iba a tener el carácter de escuela profesional.

El hospital Saint-Jacques de Besançon recogía huérfanos pobres a los que enseñaba diversos oficios. La Superiora era la hermana del vicario Tharin. Sus relaciones con el P. Bardenet y con la Compañía de María le sugirieron la idea de confiar sus huérfanos a estos religiosos de Saint-Remy cuya dedicación ya conocía. Hizo la petición al fundador. El P. Chaminade aceptó enseguida. Esta obra le ataría por una doble razón, primero porque se dirigía a los pobres y, en segundo lugar, porque sería un ensayo: en el hospital Saint-Jacques crearía su primera escuela de artes y oficios. Por eso escribió a Dominique Clouzet, a Saint-Remy, en estos términos⁸⁴: «Ponga mucho interés en que la Compañía de María pueda encargarse de esta obra de Besançon, pero sin perjudicar a su espíritu. En mis planes, esta obra será el inicio y el modelo de otras obras del mismo tipo en varias grandes ciudades, sobre todo en París, en que son muy necesarias».

El establecimiento tuvo lugar con la instalación de los oficios de fabricación de gorros y géneros de punto, de tejidos, de zapatería y de carpintería. No fue fácil al principio, a juzgar por el relato de un testigo bien informado⁸⁵: «Decir en qué estado de desorden y corrupción se encontraba esta casa sería difícil. La insubordinación, las riñas, el robo, la blasfemia y, por encima de todo, el vicio impuro, reinaban entre los niños. Los maestros seculares que cuidaban de ellos, se veían obligados, para someterlos, a emplear el látigo, los grilletes y otros castigos de este tipo, más propios para embrutecerlos que para corregirlos». Las mejores voluntades tenían motivos para desanimarse, y los religiosos a los que incumbía reducir a estos pequeños estuvieron a punto de desistir. Contaba más tarde el director⁸⁶: «Los mejores huérfanos tenían las costumbres más deplorables. Proyectaron envenenarnos, y estábamos a punto de abandonar nuestro puesto, cuando la Providencia permitió que llegase el señor Clouzet. Nos dio una conferencia que re-

^c Carta 656, al P. Chevaux, 30 de diciembre de 1832, *Lettres*, t. III, p. 210.

⁸² Carta del P. Chaminade al prefecto, 13 de julio de 1826.

^d No fue en 1826, sino en 1827. Cfr. *AGMAR* 27.1.589 y Carta 441, *Lettres*, t. II, p. 294.

⁸³ La Asociación de San José fue fundada en 1822 por los Misioneros de Francia para proteger a los obreros y aprendices de provincias que venían a París a aprender su oficio. Pronto les abrió sus propios talleres. Geoffroy de Grandmaison habla de ello en su libro *La Congrégation*, p. 212 y siguientes.

⁸⁴ 6 de noviembre de 1826. Carta 416, *Lettres*, t. II, p. 238.

⁸⁵ Notas manuscritas de Serment. *AGMAR* 17.4.328, pp. 27-28

⁸⁶ Pierre Salmon, notas manuscritas. *AGMAR* 17.4.327. Este excelente religioso murió en 1886, dejando el recuerdo de una carrera embalsamada con las virtudes más preciosas.

cordaba la alocución de san Vicente de Paúl a las Damas de la caridad. Teníamos las lágrimas en los ojos y se tomó la resolución de no abandonar a estos pobres huérfanos».

El éxito respondió a esta generosa dedicación: «En lugar de los golpes y de los malos tratos, los religiosos emplearon los sentimientos del honor, de la razón y sobre todo de la religión. Pensaron que estos medios tendrían efectos mejores, y no se equivocaron. En poco tiempo, el vicio dejó sitio a la virtud. Desde entonces, la administración del hospital comprendió la influencia de la religión cuando domina los corazones»⁸⁷. Así fueron los principios de este primer centro de enseñanza profesional, que se trasladó más tarde a Ecole, cerca de Besançon, y que ha subsistido ahí hasta estos últimos años.

De esa manera, de acuerdo con las previsiones del fundador, la obra de Saint-Remy, emprendida en medio de las contradicciones y decepciones más inesperadas, era, menos de cuatro años después, el punto de partida de un movimiento notable destinado a extenderse de día en día y que, ya entonces, llevaba a la Compañía de María a dirigirse, en el terreno de la educación, a casi todas las clases de la sociedad.

Era necesario remediar necesidades de todo tipo. Decía el P. Chaminade⁸⁸: «El espíritu filosófico corrompe todas las edades, todas las condiciones y todos los sexos, empleando muy hábilmente toda clase de medios. Por eso nosotros empleamos distintas clases de obras y formamos o hacemos formar personas capaces de desenvolverse en ellas».

⁸⁷ Notas manuscritas de Serment. *AGMAR 17.4.328, p. 28.*

⁸⁸ A Breuillot, 11 de junio de 1824. *Carta 296, Lettres, t. I, p. 580.*